

CUADERNOS DE HISTORIA 26

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE MARZO 2007: 91-105



REBELDES CAMPESINOS: NOTAS SOBRE EL ESTUDIO DEL BANDIDAJE EN AMÉRICA LATINA (SIGLO XIX)

*Raúl Rodríguez Freire**

RESUMEN: Mediante el análisis del estudio del bandidaje durante el siglo XIX, el presente artículo da cuenta de los sesgos elitistas que aún guarda la historiografía denominada como “historia desde abajo”, pues ésta y sus practicantes, si bien reconocen un ya no tan nuevo sujeto, no han desarrollado una actitud crítica frente al archivo y las fuentes a partir de las cuales se estudia a dicho sujeto, como tampoco frente al modelo de análisis eurocéntrico de la insurgencia política propuesta por Eric Hobsbawm para el estudio del bandidaje. Como alternativa, se reconocen los trabajos realizados por el historiador indio Ranajit Guha y el asianista James Scott. El primero permite comprender la insurgencia campesina como poseedora de una lógica política propia, mientras el segundo nos remite a la importancia de las prácticas cotidianas en la socavación del orden impuesto desde arriba.

PALABRAS CLAVE: bandidaje, insurgencia campesina, archivo, micropolítica.

* Licenciado en Sociología. Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.
Correo electrónico: rodriguezfreire@gmail.com

ABSTRACT: By means of the analysis of the study of the banditry during century XIX, this article account of the elitist slants that still keeps the historiography denominated "history from below", because this and their followers, although it recognizes a subject already not so new, them have not developed a critical attitude to face up to the archive and the sources that study this subject, like either about the eurocentric model of analysis of the political insurgency that proposed Eric Hobsbawm for the study of the banditry. Like alternative, the studies of the Indian historian Ranajit Guha and the asianist James Scott are recognized. Guga allows us to understand the peasant insurgency like possessing of an own political logic, while Scott remit us to the importance of the daily practices in the undermining of the order imposed from above.

Key words: Banditry. Peasant Insurgency. Archive. Micropolitic.

Recibido: agosto 2006

Aceptado: enero 2007

Presentación

*Murió Ciriaco Contreras
En el sur dicen los mauchos
Porque fue de aquellos gauchos
Ladrón de clase primera
Bajaba como una fiera
A los pueblos a saltar
El rico particular
Con él pasaba afligido
La historia de este bandido
Mui necesaria es narrar.¹*

Las historias que se han generado en torno a los bandidos han sido para mí un acontecimiento más que circunstancial. Nací en San Carlos, en la mítica provincia de Ñuble, lugar por el que no solo circularon Prat y O'Higgins, los (im)próceres de la patria, sino también la banda de los Pincheira, Pancho Falcato

¹ José Hipólito Casas Cordero, "Vida y muerte de Ciriaco Contreras", *Lira popular*. Colección Lenz, vol. II, pliego 47.

y Ciriaco Contreras, y mucho más tarde, el Águila, un bandido que vivió (y “aterrorizó”) a las autoridades y a la población, durante los años 1970. Mi madre siempre contaba la historia de cómo lo atraparon. No recuerda la fecha exacta, pero sí que su caída fue una persecución “de película” que transcurrió durante varios días y que la prensa local se encargaba de anunciarla diariamente en sus titulares. “Va a caer”, “Ya está cercado”, “Intensa búsqueda de los antisociales”, entre otras, eran las frases que pintaban de rojo aquellos polvorientos diarios, hasta que una balacera entre el Águila (junto a su banda) y los “pacos” terminó con la vida no solo del bandido sino también de dos policías. El Águila recorría toda la zona, incluso de mar a cordillera y su recuerdo aún está en la memoria de algunos y algunas sancarlinas, incluso la mía. Pero si de historias de bandido hablaré, no hay ninguna duda en señalar que el bandido más famoso de América Latina ha sido Pancho Villa, quien, junto a Moctezuma y Benito Juárez, es uno de los personajes mexicanos más conocidos en todo el mundo. Hace unos años, Friedrich Katz realizó un estudio sobre Villa y su movimiento. Katz señala que “las leyendas sobre Villa no solo abundan en México, sino también en Estados Unidos y aun en otros países. Existen no solo en la mentalidad, la tradición y las canciones populares, sino en el cine tanto mexicano como hollywoodense. Hay leyendas de Villa el Robin Hood, Villa el Napoleón mexicano, Villa el asesino despiadado, Villa el mujeriego y Villa como el único extranjero que atacó el territorio continental de Estados Unidos desde la guerra de 1812 y salió indemne”². Pancho Villa, indudablemente el bandido más famoso, pero solo gracias a este reciente trabajo estamos comenzando a ver claramente quién era. Y esto principalmente debido a que las leyendas que giraron en torno a él, más la que él mismo construyó mediante su autobiografía, complicaron la construcción de su “verdadera” imagen, al mezclarse el material de archivo con la lira popular, algo común para aquellos a quienes Eric Hobsbawm denominó como bandidos sociales y cuyo trabajo será uno de los principales a discutir a lo largo del ensayo³.

² Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, Vol. I, México: Era, 1999, p. 11.

³ Hobsbawm, Eric, *Bandits*, New York: Pantheon, 1981.

La permanencia del elitismo académico

Hoy se puede señalar con propiedad que el bandidaje fue una práctica bastante desarrollada a lo largo de toda Latinoamérica y durante prácticamente todo el siglo XIX. Esta actividad ha estado presente desde antes de la Independencia y traspasará la formación de los Estados nacionales hasta llegar al siglo XX⁴. Sin duda, la investigación de esta forma de rebeldía campesina ha aumentado considerablemente en el último cuarto de siglo, lo cual, políticamente hablando, ha significado tanto una ampliación (y a la vez una indistinción) de las fronteras disciplinarias, como una democratización de las disciplinas que se han encargado de su estudio. Sin embargo, el abordaje con que esta labor se ha llevado a cabo ha sido muy diverso y no siempre ha logrado trascender el elitismo que se pretendía dejar atrás. Generalmente se ha operado dentro de categorías de análisis europeas, donde las relaciones de tipo capitalistas son el lugar de observación que determina no solo el tipo de insurgencia (política o “prepolítica”), sino también el tipo de organización cultural (moderno/atrasado) sobre el que se llevó a cabo el bandidaje. Por otro lado, el

⁴ Al respecto ver Facó, Rui, *Cangaceiros e Fanáticos*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1965; Lewin, Linda, “The oligarchical limitations of social banditry in Brazil”, *Past and Present*, núm. 82, 1979, pp. 116-146; Slatta, Richard, “Rural criminality and social conflict in nineteenth-Century Buenos Aires province”, *Hispanic American History Review*, Vol. 60, núm. 3, 1980, pp. 450-472; Vanderwood, Paul, *Disorder and Progress: Bandits, police, and mexican development*, Lincoln, University of Nebraska, 1981; Vanderwood, Paul, “Social banditry and Spanish American Independence”, *Bibliotheca Americana*, Vol. 1, núm. 2, 1982; Archer, Christon, “Banditry and Revolution in New Spain, 1790-1821”, *Bibliotheca Americana*, Vol. 1, núm. 2, 1982, pp. 59-60; Campbell, Leon, “Banditry and the Túpac Amaru Rebellion in Cuzco, Perú, 1780-1784”, *Bibliotheca Americana*, Vol. 1, núm. 3, 1983, pp. 164-180; Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia*, Bogotá: El Ancora, 1984; Salinas, Maximiliano, “El bandolero chileno del siglo XIX: su imagen en la sabiduría popular”, *Araucaria de Chile*, Vol. 12, núm., 36, 1986, pp. 57-75; Perez, Jr., Luois, “Vagrants, Beggars, and Bandits: Social Origins of Cuban Separatism, 1778-1895”, *The American Historical Review*, Vol. 90, núm. 5, 1985, pp. 1092-1121; Tylor, Lewis, *Bandits and politics in Perú: Landlord and peasant violence in Hualgayoc, 1900-1930*, Cambridge, Centre of Latin American Studies, Cambridge University Press, 1986; Slatta, Richard, *Bandidos: The varieties of Latin American banditry*, New York, Greenwood, 1987; William Tylor, “Banditry and Insurrection: Rural unrest in Central Jalisco, 1790-1816”, Katz, Friedrich, *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural social conflict in Mexico*, Princeton University Press, 1988; Pérez, Jr., Luois, *Lords of the mountain: Social banditry and peasant protest in Cuba, 1878-1918*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1989; Carlos Aguirre y Charles Walker, *Bandoleros, Abigeos y Montoneros: Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*, Lima: Instituto de Apoyo Agrario y P&P, 1990; Hugo Chumbita, *Jinetes Rebeldes. Historia del bandolerismo social en la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones B, 2000.

material de archivo con el que se trabaja tampoco es sometido a discusión, olvidando o no reconociendo que este ha sido producido por la política dominante en su afán por neutralizar la acción de los sectores subalternos⁵. De esta omisión se desprende que el archivo en sí, como espacio de saber (académico), tampoco es reconocido como una producción “desde arriba”. Los informes, bandos y cartas de Intendencias, Municipios, Juzgados, Ministerios, etc., no fueron redactados por los sectores subalternos (a pesar de que su presencia de todas maneras se pueda rastrear en estas “fuentes”), sino por las diversas autoridades encargadas de velar por el “orden” establecido. Afortunadamente hoy contamos con nuevas e innovadoras investigaciones que, mediante una lógica distinta, han reconocido el rol central no solo de los sectores campesinos en la formación de distintos procesos, locales y nacionales, tales como el Estado, la nación y las revoluciones, desde las prácticas cotidianas hasta la generación de grandes articulaciones en pos del cambio social⁶.

⁵ La subalternidad será entendida a lo largo del ensayo “como una abstracción usada para identificar lo intratable que emerge dentro de un sistema dominante X, y que significa aquello de lo que el discurso dominante no puede apropiarse completamente, una “otredad” que resiste ser contenida. Pero precisamente porque la dominancia fracasa al apropiarse la inconmensurabilidad radical del subalterno, ella sólo registra la presencia recalcitrante de la subalternidad, graba las impresiones de aquello que no puede abarcar; nunca captura la subalternidad en sí que puede ser rescatada por el estudioso subalternista... La subalternidad irrumpe dentro del sistema de dominancia y marca sus límites desde dentro..., su externalidad a los sistemas dominantes del conocimiento y poder emerge dentro del sistema de dominancia, pero solamente como una intimidación, como un trazo de aquello que elude el discurso dominante. Es esta existencia parcial, incompleta, distorsionada lo que separa al subalterno de la elite. Esto significa que el subalterno presenta posibilidades contrahegemónicas no como una otredad inviolable desde el exterior, sino desde dentro del funcionamiento del poder, forzando contradicciones y dislocaciones en el discurso dominante y proporcionando fuentes para una crítica inmanente, en otredad inviolable desde el exterior, sino desde dentro del funcionamiento del poder, forzando contradicciones y dislocaciones en el discurso dominante, y proporcionando fuente para una crítica inmanente”, Gyan Prakash, “The Impossibility of Subaltern History”, en *Nepantla: Views from South*, Vol. 1, Núm.2, 2000, pp. 288-89.

⁶ Solo por sugerir unos ejemplos, ver el trabajo de Florencia Mallon, *Campesino y Nación. La construcción de México y Perú postcoloniales*, México, El Colegio de San Luis, CIESAS y El Colegio de Michoacán, 2003. Mallon da cuenta de la generación de un proyecto nacional alternativo por parte de sectores campesinos mediante un estudio comparativo entre dos comunidades de México (Morelos y Puebla) y dos de Perú (Cajamarca y Junín); el libro *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, editado por Gilbert Joseph y Daniel Nugent (Era, 2002), nos muestra cómo la formación del Estado se produce a partir de la articulación histórica entre los sectores subalternos emergentes y las políticas dominantes mediante las luchas y negociaciones cotidianas; *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution*, Chapel Hill, The Press University of the West Indies, 1999, de Ada Ferrer, señala la importancia que tuvo para la independencia de Cuba la participación tanto de los esclavos como de los afro cubanos libres durante las distintas rebeliones anticoloniales ocurridas entre 1868 y 1898.

En este sentido, las líneas que siguen tienen por objetivo dar cuenta del sesgo elitista que mantienen gran parte de los estudios sobre el bandidaje, principalmente por considerarlo por un lado como una actividad criminal, y prepolítica por otro⁷; algo así como un remanente de etapas que deben ser superadas para *llegar a ser...* También se discutirán los problemas de tipo metodológico en los que se entra a la hora de estudiar la “criminalidad” generada por los sectores subalternos. Por último, señalaremos la importancia que tiene para la insurgencia campesina el considerar los aspectos cotidianos en los cuales se desarrollan las actividades consideradas como delictivas.

Ranjit Guha y el rechazo del etapismo historicista

*No puede haber una alta política
sin una buena dosis de baja política*

Alan Knight⁸

No está de más señalar que Eric Hobsbawm es uno de los grandes catalizadores de los estudios del campesinado y, además, uno de los fundadores de la *history from below*. Pero sus libros pioneros, *Primitive Rebels* y *Bandits*, son libros que se autolimitan, en el sentido de que portan una contradictoria doble mirada: por un lado, Hobsbawm realiza un giro radical al comenzar a preocuparse por aquellas personas que no habían sido consideradas “dignas” de entrar en la historia; supuestamente, nada tenían que decir y hacer los campesinos ni la gente poco corriente en cuanto a los grandes procesos

⁷ El trabajo de Sergio Grez si bien no estudia el bandidaje ni el campesinado, cae dentro de esta perspectiva elitista, al señalar que “... la lucha por la Independencia de Chile fue la primera ocasión en que los sectores populares de la sociedad hispano-criolla se incorporaron a la política, respondiendo a los llamados de uno u otro sector de las clases dominantes y en función de lo que ellos consideraban la defensa de sus propios intereses. Esta irrupción, aunque inconstante, dispersa, limitada, controlada y, en buena medida “pre política”, constituyó un antecedente y una fórmula predominante de convocatoria política del pueblo, generada por las distintas fracciones de las clases dirigentes, interesadas en ganar a la masa para inclinar la balanza a su favor en las luchas partidarias”, Sergio Grez, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general*, Santiago, DIBAM, RIL y Centro de Investigaciones Barros Arana, 1997, p. 183.

⁸ Knight, *The Mexican Revolution*, Cambridge: Cambridge University Press, 1986, p. X.

históricos, pero él les devuelve o les entrega, como historiador progresista, un lugar al realizar algo así como un gesto democrático. Sin embargo, dicho gesto se ve restringido inmediatamente, al señalar que la acción por parte de las masas campesinas es prepolítica, ya que aún *les falta camino por recorrer* antes de llegar a ser un actor completamente moderno y, por tanto, político, en el sentido común de esta palabra⁹. De acuerdo con esta perspectiva (compartida por la historiografía marxista en general, de los años 1970, pero que aún hoy está presente entre nosotros), los campesinos se caracterizarían por estar en un estado de casi absoluta ausencia de conciencia política y organización. En otras palabras, se trataría de una conciencia atrasada que no ha logrado adaptarse completamente a la lógica institucional capitalista. Como el mismo Hobsbawm señaló, “son personas ... que aún no han encontrado, o solo han comenzado a encontrar, un lenguaje específico a través del cual expresar sus aspiraciones acerca del mundo”¹⁰.

Esta perspectiva teleológica ha sido duramente criticada por el historiador indio Ranajit Guha, al señalar primeramente que el material con el cual el historiador inglés trabajó procedía casi completamente de la experiencia europea, por lo que sus generalizaciones solo pueden entenderse de acuerdo con esta¹¹. Guha encuentra además ciertas contradicciones en Hobsbawm, sobre todo cuando éste señala que “el bandidaje social no está cerca de *ninguna organización o ideología*” y que “en cierto sentido, el bandidaje es más bien una forma primitiva de *protesta social organizada*”¹². Esto le permite a Guha señalar que, independientemente de la validez que puedan tener estos escritos de Hobsbawm para otros países, “la noción de insurgencia campesina prepolítica no ayuda a entender la experiencia de la India colonial. Pues aquí no hubo nada en los movimientos militantes de las masas rurales que no fuese político”. En este mismo sentido, más adelante señala lo siguiente:

⁹ En realidad, Hobsbawm se está refiriendo a lo que ha denominado “bandidaje social”, un tipo de acción colectiva campesina tipo Robin Hood, más que a los campesinos como tales. Pero su modelo ha sido ampliamente usado para el estudio de los sectores subalternos, independiente de si se trata de estudios de bandidaje. Ver de Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, London: Manchester University Press, 1959; y *Bandits*, New York: Pantheon, 1981. Para una discusión sobre el modelo de Hobsbawm en los estudios de bandidaje en América Latina, ver Slatta, 1987, *op. cit.* y Gilbert Joseph, “On the Trail of the Latin American Bandits: A Reexamination of the Peasant Resistance,” *Latin American Research Review*, Vol. 25, núm. 3, 1990, pp. 7-53.

¹⁰ Hobsbawm, *op. cit.*, 1981, p. 2.

¹¹ Guha, Ranajit, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Durham, Duke University Press, 1998.

¹² Idem.

El elemento de coerción [de la elite] era tan explícito y estaba tan presente en todos sus tratos con el campesinado que este debía necesariamente considerar tal relación como política, una tarea en que el nexo de poder tenía que ser derrocado como una condición necesaria para la reparación de cualquier agravio particular.

o había forma de que el campesinado se lanzase a tal proyecto inconscientemente. Porque esta relación estaba tan reforzada por el poder de aquellos que se beneficiaban de ella, y por su determinación, sostenida por los recursos de la cultura gobernante, de castigar la menor infracción, que tenían que arriesgarlo todo tratando de subvertirla o destruirla con la rebelión. Este riesgo implicaba no solo la pérdida de sus tierras y de su ganado, sino también la de su posición moral que derivaba de una subordinación incondicional a sus superiores... El campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba... [y] la insurgencia afirmaba su carácter político precisamente por este procedimiento negativo que trataba de invertir la situación¹³.

Algo muy similar ha planteado Friedrich Katz en su ya mencionado trabajo sobre Pancho Villa y el villismo. Tampoco a él le convence la categoría “prepolítico” para analizar el alzamiento campesino en el norte de México, ya que los insurgentes tenían clara conciencia de quiénes eran sus “enemigos” y cuáles los símbolos que se debían invertir¹⁴. Al respecto señala:

También, si se acepta la idea propuesta por Eric Hobsbawm de que el bandolerismo social es una forma de protesta prepolítica, Chihuahua tenía una larga historia de verdaderos levantamientos populares, protestas que eran cualquier cosa menos prepolíticas¹⁵.

Guha y Katz nos permiten develar que el silenciamiento de los campesinos en la historia (y a lo largo de ella) no se ha debido a que su presencia en los procesos comunales y nacionales haya sido inexistente, sino más bien a opciones tanto teóricas como prácticas, por parte de quienes siguen su rastro (los académicos), opciones que deben ser denominadas como elitistas, ya que han operado con categorías inapropiadas, fundamentalmente eurocéntricas, que

¹³ Guha, op. cit., 1998, pp. 9-10.

¹⁴ Grez, debido a la importancia que le otorga al modelo de Hobsbawm, es incapaz de percibir en su propio trabajo e investigación la acción consciente y política de los sectores subalternos, pues él mismo reconoce, por ejemplo, que durante el periodo de independencia, “Más significativo que las consignas patrióticas de la plebe fueron *su violencia contra la propiedad privada y los símbolos del poder* (político y religioso), es decir, su común odio a los ricos y poderosos”, Grez, op. cit., 1997, p. 192. Énfasis agregado.

¹⁵ Katz, op. cit., 1999, p. 92.

imposibilitan la aprehensión de la agencia subalterna. Como ha señalado Dipesh Chakravarty, en este rechazo de la categoría “prepolítica” por parte de Guha, se “insiste sobre las diferencias específicas entre las historias de poder en la India Colonial y en Europa. Este gesto es radical, en el sentido de que fundamentalmente pluraliza la historia de poder en la modernidad global y la separa de cualquier historia universal del capital”¹⁶. De esta manera, la crítica de Guha permite desafiar al historicismo y dejar de lado todas las teorías etapistas, oponiéndose a la distinción (tan clara para algunos) entre lo moderno y lo premoderno. “Las relaciones que vieron en India “lo feudal”, mediante una perspectiva etapista de la historia, eran contemporáneas con todas aquellas que veían lo “moderno” desde el mismo punto de vista. A partir de la perspectiva de Guha, lo anterior no podría ser observado mediante metáforas geológicas o evolucionistas de “residuos” o “remanentes” sin que semejante historicismo devenga elitista en su interpretación del pasado”¹⁷.

De esta manera, el trabajo de Guha, al introducirlo en el estudio del bandidaje, nos permite desprendernos de una pesada e inconveniente carga atribuida por Hobsbawm al estudio del bandidaje que le cerraba toda posibilidad de ser considerada una actividad política en sí. Por otra parte, en algunos de los trabajos citados más arriba, aunque desde una perspectiva distinta a la de Guha, se desprende que los “bandidos” no estaban en contra de la modernización, principalmente porque el hurto y robo de animales se hacía con fines capitalistas, donde muchas veces primaba un afán de acumulación más que de resistencia a la implantación del capitalismo, lo que generó incluso asociaciones con sectores de la elite¹⁸. En otras palabras, no estaban en contra de la “modernización”, sino más bien de que esta se llevara a cabo a expensas de ellos. Para algunos, este hecho les hace pensar que el bandidaje era una adaptación a las nuevas condiciones, más que la resistencia contra un régimen opresor¹⁹.

¹⁶ Dipesh Chakravarty, “Subaltern Studies and Postcolonial Historiography”, *Nepantla: Views from South*, vol. 1, núm. 1, 2000, p. 20.

¹⁷ Idem.

¹⁸ Izard y Slatta, en Slatta, op. cit., 1987.

¹⁹ Ver los trabajos de Peter Singelmann, Bernjamin Orlove, Lewis Tylor y Alberto Flores Galindo que se encuentran en Slatta, op. cit., 1987.

La lectura elitista del archivo

La edición de *Bandidos: The varieties of Latin American banditry*, por Richard Slatta, constituyó una fuerte crítica al modelo del bandido social propuesto por Hobsbawm. Principalmente señalaron que su trabajo, al operar en gran parte a partir de fuentes populares/folclóricas, había generado una imagen romántica de la acción campesina que no se corresponde con los resultados de las investigaciones realizadas con base en fuentes y documentos epocales. Por el contrario, para Slatta y su grupo, el modelo del historiador inglés difícilmente es posible aplicar en Latinoamérica. Por ello, Slatta señala que “esta colección de ensayos presenta la mayor interrogación al modelo del bandidaje social de Hobsbawm... Nuestro trabajo contempla fuentes de archivo del siglo XIX y XX recogidas en México, Brasil, Cuba, Venezuela, Colombia, Bolivia y Argentina y detalla la variedad del bandidaje en América Latina”²⁰. Para ellos lo más difícil, pero también lo más importante, fue distinguir el mito de la realidad social²¹, algo que incluso Hobsbawm reconoció.

Pero hay que admitir que este grupo de investigadores fue demasiado duro en sus críticas. Si bien dan cuenta de la heterogeneidad y complejidad del bandidaje, realizan esta operación apelando a cierto positivismo, ya que para ellos lo que “sirve” más que las fuentes folclóricas son los archivos judiciales, que consideran sin cuestionarlos. De esta afirmación se desprende que sus resultados son elitistas, ya que piensan el archivo como la verdad objetiva de los hechos, sin darse cuenta de que con ello están considerando solo una perspectiva: la forjada “desde arriba”.

Gilbert Joseph es quien se encargó de develar este hecho, al señalar la importancia que tendrían en los estudios del bandidaje los trabajos sobre la prosa de contrainsurgencia del fundador del *Subaltern Studies*, Ranajit Guha,

²⁰ Slatta, op. cit., 1987, p. 2.

²¹ Katz también da cuenta de este problema en su estudio de Villa. Al respecto señala: “La dificultad más grave que enfrenté fue la de extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de leyenda y mito que rodean a Villa debido, por una parte, a que él estaba enamorado de sus propios mitos e hizo cuanto pudo para bordar sobre ellos. Por otra parte, no existe uno solo, sino toda una serie de mitos en torno a Villa y su movimiento: los que se expresan en las canciones populares, el que urdieron los vencedores, que durante muchos años presentaron una historiografía oficial hostil sobre él, y el de Hollywood, a su vez muy contradictorio, para nombrar solo unos cuantos. Estos artículos contaminan muchos de los miles de artículos y memorias escritas en torno a Villa. Por esta razón, he intentado en la medida de lo posible apoyarme en documentos contemporáneos, mucho menos teñidos y afectados por la leyenda”, Katz, op. cit., 1999, p. 12.

trabajos que permitirían ir más allá no solo del trabajo de Hobsbawm, sino también de estudios de la resistencia campesina en general²². Para Joseph,

... en otras áreas del mundo, el tratamiento del bandidaje por parte de las ciencias sociales se mueve más allá del modelo de Hobsbawm e incluso más allá de la criminalidad *per se*. Las discusiones de bandidos se realizan regularmente dentro del contexto de temas más amplios, tales como las formas de resistencia campesina y el control social, lo que incorporaría una examinación más sofisticada de la conciencia campesina. Además, la aplicación de análisis del discurso y semiótico al estudio tanto de las fuentes “oficiales” como “populares” ha expandido enormemente su utilidad.

Desafortunadamente, bastante de la nueva literatura revisionista sobre el bandidaje en América Latina [como la de Slatta], preocupada de documentar la relación de los bandidos en forma individual con la elite y de estimular a los seguidores de Hobsbawm a atender tales vínculos, tienden a descartar la “conexión campesina”, particularmente las actitudes y las percepciones de la población rural con respecto al bandidaje. Esta tendencia se ha dado porque los revisionistas han dependido principalmente de los reportes policiales y otras fuentes oficiales, las cuales son excesivamente parciales y pocas veces se focalizan sobre cuestiones relativas a la composición de grupo y a la motivación [de los sectores subalternos] que es necesaria responder con el objetivo de determinar si un grupo particular o individual fue verdaderamente un exponente de la protesta popular (un “bandidaje social”). Consecuentemente, los revisionistas han hecho su principal contribución a una “historiografía elitista” del bandidaje en América Latina, una historia de los bandidos individuales y de su incorporación a, o su subordinación por, el mundo del poder y el interés²³.

Las palabras de Joseph están profundamente inspiradas en el trabajo de Guha, quien en el texto “La prosa de contrainsurgencia” (y también en *Elementary Aspects*) da cuenta del problema al que nos enfrentamos cuando estamos frente a las “fuentes”. Por ello, Guha señala que los estudios de la gente común, iletrados en su gran mayoría y un tanto evasivos, exigen a los historiadores trabajar los archivos de una manera distinta²⁴, ya que hay que considerar que el material a través del cual indagamos el pasado ha sido elaborado, en su gran mayoría, desde el punto de vista oficial y, por tanto, se deben leer con mucho cuidado para no interpretar y reproducir la visión que

²² Joseph, op. cit., 1993, pp. 7-53.

²³ *Ibidem*.

²⁴ Ver Eric van Young, “To See Someone Not Seeing: Historical Studies of Peasant of Politics in México,” *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 6, núm. 1, 1990, pp. 133-59.

las elites manejaban sobre los sectores subalternos²⁵. Como nos ha señalado Guha, "... la contrainsurgencia, derivada directamente de la insurgencia y determinada por ella en todo lo que es esencial para su forma y articulación, no puede apenas permitirse un discurso que no esté plena y compulsivamente implicado con los rebeldes y sus actividades. Es verdad que los informes [oficiales...] reflejan sus sentimientos, equivalentes a una representación de su voluntad. Pero estos documentos no derivan su contenido tan solo de esta voluntad, dado que esta se afirma en otra voluntad, la del insurgente. Por tanto, debiera ser posible leer la presencia de una conciencia rebelde como un elemento necesario que está difuminado dentro de este cuerpo de evidencia"²⁶.

De esto se desprende que el archivo (la "fuente") está atravesado por relaciones de poder que lo van marcando desde dentro. Si bien la voz de los sectores subalternos está mediada, por ejemplo, por la voz del escribano, ésta no estaría presente si no fuera motivada por alguna acción concreta que hayan realizado los campesinos u otros sectores marginados. Por otro lado, hay que considerar que los subalternos también manejaban sus propias normas, de manera que lo que para la elite significaba un delito, probablemente no lo significaría para *los de abajo*. El trabajo de Katz da cuenta de esto de manera ejemplar, y al respecto señala lo siguiente:

La actitud negativa de muchos miembros de las clases bajas se manifestó tal vez en el enojo de los habitantes de Temochic cuando el intendente municipal los tildó de bandidos e impidió que un cargamento de plata pasara por su pueblo. En cambio, el robo del ganado era un asunto muy distinto y contaba con amplia aprobación social. Durante casi dos siglos, los terrenos nacionales del estado habían sido un coto abierto, y cualquiera que quisiera tomarse el trabajo, podía matar, cazar o apropiarse el ganado cerril que pastaba en ellos.

²⁵ Es, creo, importante señalar que ya en 1976, Carlo Ginzburg, en su libro sobre Menocchio, un molinero del siglo XVI, daba cuenta de este hecho. Al respecto cito lo siguiente: "... los historiadores no pueden entablar diálogo con los campesinos del siglo XVI (además, no sé si les entenderían). Por lo tanto, tienen que echar mano de fuentes escritas (y, eventualmente, de hallazgos arqueológicos) doblemente indirectas: en tanto que *escritas* y en tanto que escritas por individuos vinculados más o menos abiertamente a la cultura dominante. Esto significa que las ideas, creencias y esperanzas de los campesinos y artesanos del pasado nos llegan (cuando nos llegan) a través de filtros intermedios y deformantes. Sería suficiente para disuadir de entrada cualquier intento de investigación en esta vertiente," *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1997 (1976), p. 11.

²⁶ Guha, op. cit., 1999, p. 21. También ver de este autor, "The Prose of Counter-Insurgency," Guha y Gayatri Spivak, *Selected Subaltern Studies*, New York: Oxford University Press, 1988, pp. 45-86. En español se puede encontrar en Dube, Saurabh, *Pasados poscoloniales*, México: COLMEX, 1999, pp. 159-208.

Cuando los Terrazas y los demás grandes terratenientes de Chihuahua tanto de ese coto abierto como de ese ganado, estaban violando, en opinión de grandes sectores de la población del estado, costumbres tradicional y profundamente arraigadas. Robarles animales a esos hacendados no era pues considerado como un delito, sino más bien como la restauración de derechos tradicionales²⁷.

Incluso el mismo Slatta se ha podido percatar de este hecho en un estudio que realizó sobre los gauchos, publicado en 1980²⁸. Slatta señala que en la pampa también se encontraban animales a coto abierto, lo que permitía a los jinetes pampinos matarlos para luego vender el cuero. Pero cuando se implanta, desde arriba (desde el Estado), un derecho de propiedad, tanto sobre los terrenos como sobre los animales, los sectores subalternos entran a operar en la “ilegalidad”, ya que para ellos los animales no eran de nadie. Los gauchos, señala Slatta, “desarrollaron sus propias costumbres y modos de vida, lo que los colocaba en una posición diametralmente opuesta a las constricciones legales que les imponían los ganaderos dominantes”²⁹.

Micropolítica: la insurgencia de la vida cotidiana

En último lugar quiero referirme al bandidaje desde los aspectos cotidianos. En su ensayo, Joseph también señaló la importancia del trabajo de James Scott, Michael Adas y otros asianistas, cuyos trabajos han extendido los marcos referenciales para el estudio de la insurgencia campesina³⁰. Scott no parte desde los grandes movimientos para dar cuenta de la subversión de los códigos dominantes. Por el contrario, a él le interesan tanto los actos que en el día a día intentan mitigar o rechazar las exigencias que los sectores dominantes imponen a los campesinos, como aquellos que estos reivindican en pos del mejoramiento de sus condiciones de existencia. En este sentido, para Scott, gran parte de la resistencia campesina siempre se ha llevado a cabo en la vida diaria, por fuera de los límites que constituyen los movimientos más

²⁷ Katz, op. cit., 1999, p. 92.

²⁸ Slatta, “Rural criminality and social conflict in nineteenth-Century Buenos Aires province”, *Hispanic American History Review*, Vol. 60, núm. 3, 1980, pp. 450-472.

²⁹ *Ibid.*, pp. 452.

³⁰ Al respecto, ver de Scott, *The moral economy of the peasant*, New Haven: Yale University, 1976; *Weapons of the Weak. Every forms of peasant resistance*, Yale University, 1985 y *Los dominados y las artes de la resistencia*, México: Era, 2000.

organizados y, por tanto, considerados como vanguardias políticas. De ahí que los sectores subalternos desarrollaran técnicas y estrategias alternativas (las armas de los débiles, las llama Scott), tales como la simulación, la condescendencia táctica, el sabotaje, el hurto, la difamación, el incendio premeditado e incluso las apelaciones al paternalismo. Estas son estrategias que se han desarrollado durante siglos y que requieren un mínimo de planificación, representan formas de autoayuda y generalmente evitan la confrontación directa con las elites locales o los funcionarios estatales. Si estas armas parecen no tener un gran impacto, se debe a que inicialmente la insurgencia campesina no pretende derrocar o cambiar el sistema, sino tan solo sobrevivir.

En este sentido, Romana Falcón, en un trabajo sobre la época en que Porfirio Díaz gobernó México, e influenciada por la obra de James Scott, señala la importancia que tuvieron los pequeños actos para ir socavando lentamente la hegemonía que se trataba de instaurar. Para ella, “no obstante que las rebeliones más notables ya han sido anotadas o apuntadas... un nuevo tipo de revuelta está por investigarse: una pléyade de movimientos sociales de relativamente corta duración y extensión, que comprenden acciones modestas y fragmentadas, pero igualmente indicativas del descontento y la resistencia: tumultos, conspiraciones, motines, conatos de levantamiento, amenazas, intimidación, robos, abigeatos, destrucción e incendios intencionales de maquinaria y casas, y otras rasgaduras violentas del orden”³¹.

De esta manera, no solo las “grandes acciones” eran importantes para ir minando el discurso oficial establecido y dar cuenta de la inconformidad subalterna. Todos los días se estaban realizando microinsurgencias de una importancia fundamental, pero que falta estudiar para determinar su verdadera importancia. Las relaciones de poder invaden la materialidad corporal, instalándose en el plano de la vida cotidiana, generando y afectando los discursos y prácticas que producen la realidad en las que nos ha tocado vivir, una realidad en la que unos pocos están cómodamente arriba y otros muchos marginalmente abajo. Querer invertir esta situación implica la subversión de los códigos y flujos dominantes en los que estamos envueltos día a día y, por lo mismo, es a partir de la experiencia más inmediata que la agencia emerge siempre con un contenido claramente político. No reconocerlo es permanecer en la senda que invisibiliza a quienes permiten que la historia se mueva, generando un tipo de

³¹ Romana Falcón, “Límites, resistencias y rompimiento del orden,” en Romana Falcón y Raymond Buve (comp.), *Don Porfirio Presidente..., nunca omnipotente: hallazgos, reflexiones y debates, 1876-1911*, México: Universidad Iberoamericana, 1998, p. 389.

historia que continúa la tarea comenzada por las elites locales. En otras palabras, la historia también deviene en una prosa de contrainsurgencia.

Al parecer, algunas veces esta micropolítica se habría conectado con el bandidaje. Tanto Joseph como Falcón lo han señalado para México. Para ellos es imposible desligar ambos fenómenos, ya que “en contadas ocasiones, el “bandidaje” bien puede constituir una forma de protesta campesina que gira en torno a elementos de clase, y que guarda una íntima relación con las resistencias y los levantamientos. En determinadas coyunturas, los bandidos pueden cambiar de objetivos, códigos y símbolos y transformarse en insurgentes”³².

Al revisar los archivos locales (como los de las Gobernaciones y los de Intendencia) es posible, efectivamente, leer este tipo de actividades y comprender los aspectos cotidianos en los que vivía y se sublevaba el campesinado durante el siglo XIX. Pero lo que interesaba no era tanto ver lo que decían los intendentes o los gobernadores (algo, sin duda, importante) sino más bien rescatar las estrategias que usaban los campesinos para tratar de vivir mejor burlando incontables veces la ley. El cambio de los nombre y apellidos, el rescate de compañeros encarcelados, las redes de encubrimiento que atravesaban regiones y fronteras, o la simple mentira son pequeñas estrategias de resistencia que encontramos en los mismos archivos que nos hablan de criminales, vagabundos y malentretidos. Dejar esta perspectiva elitista y comenzar a buscar realmente la mirada *desde abajo* es una larga tarea que aún tenemos que realizar, y es muy probable que para ello tengamos que revisar materiales ya estudiados, pero de otra manera.

³² *Ibidem*.